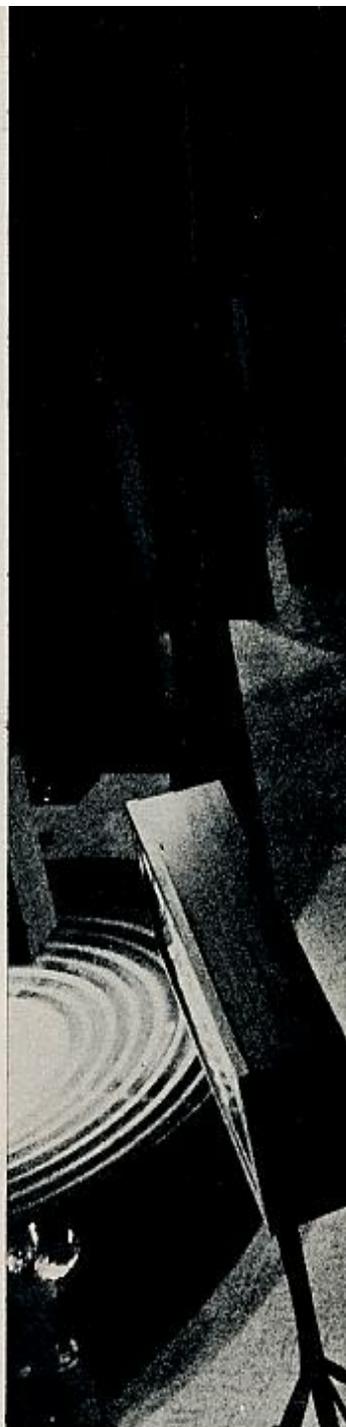


# MINILAND

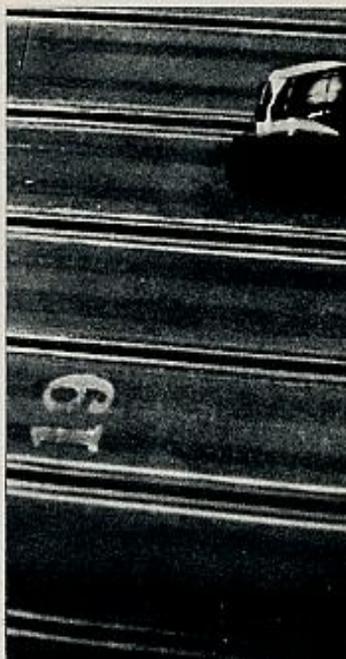
## BOLIDOS SIN RIESGOS

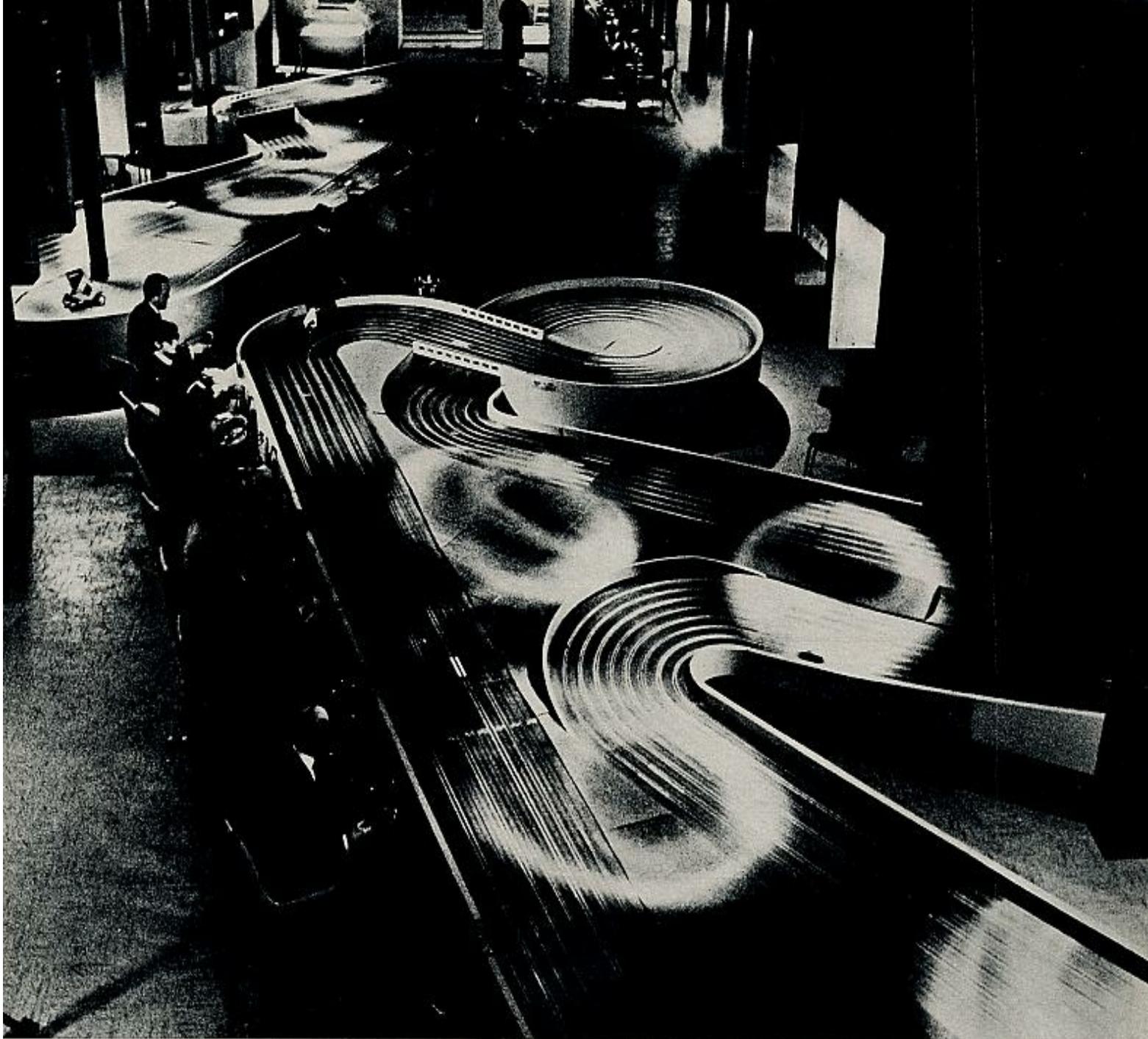
**L**a fórmula es tentadora: el «fan» de las competiciones automovilísticas puede protagonizarlas sin exponerse a ninguno de sus riesgos. Algunos intransigentes puristas, horrorizados, dicen que quitarle el peligro a la carrera es quitarle emoción, es hacer una carrera «apta para menores», sin gracia ni interés... Pero lo cierto es que, a pesar de los puristas, la fórmula tiene pegada y marcha adelante con tanta velocidad como los mismos bólidos.

Sentado cómodamente, el conductor maneja su volante, de tamaño normal, y pisa cuando quiere el acelerador situado al pie. El bólido, como de juguete, marcha veloz por una pista de ocho kilómetros que forma tréboles y elipses, que hace eses y da curvas repentinas, con bajadas y subidas capaces de poner nervioso al más frío de los volantistas. Junto a la pista no hay servicios médicos: si un bólido llega a chocar, el heroico conductor no llevará ni un rasguño, y el susto del accidente lo arrojará tomando una copa en el vecino bar. Para que aquí tampoco pierda emoción la cosa, el ambiente se mantiene. Se bebe en piezas de motor y con ellas sirven también las bebidas. El taburete va sobre una caja de cambio, con palanca para tres velocidades. Ya, al entrar, el visitante ha tenido que

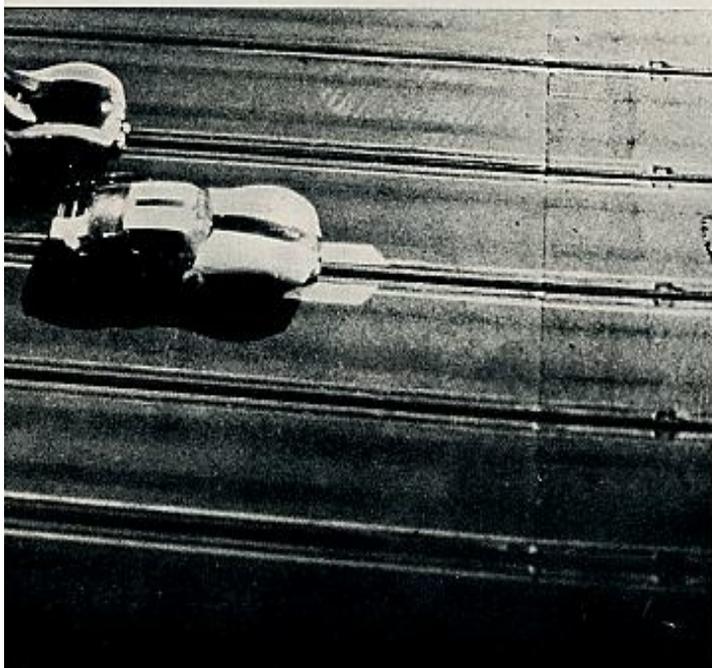


En el Club Miniland los minibólidos m...





han velocos por una pista de ocho kilómetros, con tréboles y elipses, subidas y bajadas, capaces de poner nervioso al más frío de los conductores, que no corren peligro.



abrir con buena mano de volante y se ha encontrado unos «dragsters», terribles como monstruos de acero, dando tono deportivo al local.

Vistos desde lejos, los minibólidos no se diferencian en nada de un Ford, un Porsche o un Ferrari, y la pista podría pasar por un autódromo o un circuito, no ajeno a las glorias de un Stirling Moss. El conductor tiene un tablero de mandos, para controlar electrónicamente la carrera, e incluso una estación de servicio para lo que pueda ocurrir. Mientras el conductor se juega la vida, los clientes del Club Mini-land, en la orilla izquierda del Sena, que sean menos aficionados a los graves peligros, pueden dedicarse a comer y ver «au des-

sus de la melée», la competición que se libra en las pistas.

Los propietarios del club han invertido más de quince millones de pesetas. Al principio de la explotación les auguraban mal porvenir, pero lo cierto es que los pronósticos fallaron y la fórmula resultó. Los minibólidos saltaron la frontera y hoy existen clubs semejantes en varios países, entre ellos, España. La afición al automóvil encuentra en ellos un excelente entretenimiento, sin temor a zonas azules, a grúas municipales, a dificultades de aparcamientos o a posibles accidentes. El club es como una antología del motor, de donde se ha extirpado todo lo desagradable.

(Fotos Zardoya)